



CAPÍTULO VII

En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña,
y una conversación que tuvo con su esposa

¡Qué feliz es el estado del matrimonio cuando se saben conformar con él las voluntades! La docilidad con que Matilde escuchaba las lecciones de su esposo y la dulzura con que éste le inspiraba sus máximas morales prueban que ambos disfrutaban de esta felicidad.

Ya se deja entender que si el coronel no se descuidaba de instruir á Matilde, los dos se esmeraban á porfía

en cultivar en su hija los talentos naturales que tenía y los sanos principios que le inspiraban.

La niña, por fortuna, correspondía con docilidad á los conatos de sus padres, y así es que en poco tiempo supo leer con bastante regularidad, conocía el valor de las letras, sabía lo que eran sílabas y palabras y que éstas formaban los períodos.

Como su padre y su maestra le habían hecho advertir cuánta utilidad y ventaja resulta de leer bien, y que esto no se consigue sino evitando el sonsonete y atropellamiento, y acostumbrándose á leer con sentido, para lo que se ha inventado la puntuación ó caracteres ortográficos, se aplicó á su conocimiento con tesón, y lo logró muy fácilmente.

Casi con igual facilidad aprendió á escribir, porque su padre le franqueaba papel, recado de escribir y buenas muestras, para que á la hora que quisiera se pusiera á pintar sus garabatos á su antojo.

Como esto no tenía para ella cara de lección, ni advertía ninguna forma de enseñanza, lo tomó por juguete, y en un instante perdió el miedo á la pluma, se fué acostumbrando á su uso, y sin que nadie la violentara, ella misma trataba ya de imitar las letras de las muestras.

Cuando su padre la observó tan bien dispuesta, le hizo ver las ventajas de la escritura, y cuán necesario y

útil poseerla con la posible perfección. Pero esto lo hizo acercándose un día á la mesa á tiempo que ella estaba garabateando, y diciéndole:—Mira cómo ya vas imitando, aunque mal, las letras de las muestras. No hay duda, tú no eres tonta, y eres capaz de hacer lo que quisieres con tus manos. ¿Qué, te gusta escribir?—Sí, papá.—Pues más te gustará cuando sepas qué gran cosa es la escritura.

El saber escribir, ó la invención de este arte nobilísimo, es una cosa prodigiosa, necesaria á todo racional, utilísima sobre toda ponderación y de todas maneras admirable, pues se puede tener por una magia cierta y lícita entré los hombres. Sí, hija querida, la pluma bien dirigida sobre el papel hace tales cosas, que á no saber el modo, se tendrían por milagros ó hechicerías. Ella resucita á los que han muerto miles de años hace, y nos los pone entre las manos para que nos instruyan y conversen con nosotros; ella nos facilita pasear seguramente por el mundo, y que sin movernos de un lugar, sin tener que erogar gastos ni sufrir incomodidades de caminatas, registremos todos los ángulos descubiertos de la tierra, veamos las situaciones de los reinos, sus mejores ciudades, sus templos, palacios, calles, edificios y paseos; que sepamos el número de habitantes que los ocupan, cuáles son sus costumbres, religión y gobierno, leyes, modas, enfermedades y remedios; ella, inventada no sólo

para esto, hace que subamos á los cielos, que volemos por sus esferas, que indaguemos el movimiento de los astros, el curso de los planetas, la velocidad de sus giros, los ríos, mares, montes y valles de la luna, las manchas y humaredas del sol, y hasta el peso de las estrellas; ella nos facilita la comunicación con nuestros deudos y amigos ausentes, sin que estorben para oírnos ni entendernos las leguas, los montes ni los mares que se atraviesan entre ellos y nosotros; ella fija en el papel como con un clavo la palabra, que sin su auxilio se escaparía para siempre; ella hace que sean materiales y perceptibles los conceptos espirituales é invisibles; ella nos hace acordar de lo pasado y prevenir lo futuro; ella afirma y asegura fuertemente las palabras y contratos de los hombres y los hace cumplir con sus deberes; ella, para no cansarte, es la que hace al hombre religioso, sabio, honesto y moderado, cuando se acuerda de sus obligaciones, y la que lo convierte en impío, necio y escandaloso cuando se olvida de ellas, porque la pluma es para todo, según se usa. Con la pluma se alaba á Dios ó se ultraja; se honra la religión ó se deshonra; se hacen valer las leyes ó se tuercen; se instruye ó se encamina hacia el error; se favorece á los hombres ó se les perjudica; se abren los corazones para el amor ó se disponen para el odio, y así de todo.

Mira ahora qué cosa tan grande es saber hacer uso

de la pluma, cuando se quiere hacer según conviene, y díme si deberá ninguna criatura dotada de razón despreciar este beneficio y privarse de sus ventajas, sólo por ser un tonto y perezoso que no quiera dedicarse á aprender á escribir.

— Así es, papá, decía Pudenciana; muy tonto será el que no quiera saber tantas cosas y poder hacerlas, como usted dice. Pero yo estoy espantada, y deseara saber cómo será eso de resucitar los muertos, pasear todo el mundo, subir al cielo y todo lo que usted me dice, que no entiendo.

Entonces el coronel le explicó el sentido de estas frases; la niña quedó aficionadísima á la pluma, y esta afición le hizo aprender á escribir en poco tiempo.

Cuando ya lo hacía con más arreglo y sabía usar correctamente de los signos ortográficos, su padre solía valerse de ella como del amanuense de su confianza para que le escribiera algunas cartas, lo que la niña desempeñaba con gusto, y su papá la celebraba de cuando en cuando con prudencia, estimulándola con estos elogios á que se aplicara más cada día.

Todos saben la fuerza con que labra el amor propio sobre nuestros corazones: apenas despertamos de la primera infancia, esta pasión, dejándose correr á rienda suelta, constituye el egoísmo y es el fomes de todo género de vicios, así como bien dirigida es el estímulo de

las virtudes. El coronel conocía bien la verdad de este axioma, y así alababa lo bueno que veía en su hija, pero de modo que ella se satisfacía con los elogios sin envanecerse, y se tenía como obligada á merecerlos mejor en adelante.

Al mismo tiempo le enseñó su padre á conocer los números y el valor de las unidades, decenas, centenas y millares, sin descuidarse de que aprendiera de memoria la tabla aritmética común, y cuando ya entendió esto perfectamente, le hizo ver cuán útil es á las niñas aprender á lo menos las cinco primeras reglas de cuentas, y que es un absurdo, dictado por la más crasa ignorancia, decir que las mujeres no deben saber cuentas, porque no las necesitan para nada; pues toda niña que algún día ha de ser señora de su casa, debe saber economizar el gasto, ajustar un criado, tasar las varas de género para sus vestidos y los de sus hijos y hacer otras cosas que les costaría sumo trabajo sin el recurso de la aritmética.

No ignoraba el coronel que esta ciencia es harto difícil de comprender en sus principios, especialmente á las mujeres; y así procuró primero hacer ver á su hija su utilidad para excitarle el apetito de aprender.

Un día le dijo:—Mira, los que no saben hacer cuentas, siempre cuentan cuando la necesidad los obliga; pero á más de que siempre yerran las cuentas que hacen, les cuesta un inmenso trabajo. Al contrario, la

persona que sabe valerse de los números hace las cuentas muy fácilmente, y las más veces las hace bien. Un ejemplo te hará ver la diferencia.

Mira, éstas son tres cajitas de fichas de concha: una tiene setenta y tres fichas, otra veintiuna y la última treinta y cinco: ¿dime ahora cuántas fichas tienen las tres cajitas? Seguramente no puedes, porque necesitas contarlas una por una, y después de este trabajo te expones á equivocarte veinte veces.

Pues vaya, pon aquí las fichas de la primera caja, que son setenta y tres, de este modo: 73
 Pon las de la segunda, que son. 21
 Pon las de la tercera, que son. 35

Una raya así. —

Puestas en este orden, se suman así: tres y uno son cuatro, y cinco, nueve. Pon un número nueve debajo de la raya y al pie de las unidades. Veamos después lo que importan las decenas: siete y dos son nueve, y tres, doce. Un dos bajo las decenas y uno que se lleva á la izquierda, ó en el lugar de las centenas ó centenares, y resultan ciento veintinueve fichas en las tres cajas. 129

Aún hay otro modo de sumar más pronto, que se llama multiplicar, y es utilísimo. ¿A qué no me dices cuántas lentejuelas tienen los arquitos de tu túnico?— ¿Cuándo lo he de saber, papá? ¡si tiene un montón!